

# LA ACADEMIA DE LOS DESCONFIADOS

Isabel Germán Torres

## La sonrisa de Minerva

Pues à primeros de junio 1700, proponiéndolo Don Pablo Ignacio de Dalmassez, y Ros à algunos Estudiosos de los que frecuentaban el Salón de su gran Librería ... Se resolvió erigirla no sin desconfianza cada qual de sus talentos, dándole el nombre de los *Desconfiados*.<sup>1</sup>

La asamblea se celebró el 3 de junio de 1700, en la biblioteca del palacio que los Dalmases poseían en la calle de Montcada. La calle de Montcada y el palacio de Dalmases eran recintos gustosos y apacibles. La calle había perdido el carácter comercial que tuviera en sus orígenes y había adquirido un carácter nobiliario, en parte por la presencia de la nueva nobleza, producto de la promoción social de la burguesía mercantil, en parte por la presencia de la vieja nobleza. Hacia 1700, la proximidad espacial no era el único vínculo que unía a la vieja y la nueva nobleza en Barcelona: las alianzas matrimoniales facilitaron la unión y la cultura favoreció la cohesión interna.<sup>2</sup> La Academia de los Desconfiados fue un fruto de esa unión, que contribuyó a la construcción de la nueva identidad aristocrática, pero fue un fruto singular, cuyo discurso no se caracterizó por “distinguir su conocimiento privilegiado de la ignorancia popular”;<sup>3</sup> su discurso, fundamentalmente literario, fue deudor de las inquietudes intelectuales y políticas de su época.

Los miembros fundadores de la academia fueron: Pau Ignasi de Dalmases i Ros; Joan Antoni de Boixadors, de Pinós i de Rocabertí; Josep Antoni de Rubí i de Boixadors; Josep d'Amat, de Planella i de Despalau; Francesc de Josa i d'Agulló; Llorenç de Barutell i d'Erill; Felip de Ferran i de Sacirera; Francesc de Junyent i de Vergós; Josep de Taverner i d'Ardena; Agustí de Copons, de Copons i de Berardo; Alexandre de Palau i d'Aquilar; Josep de Rius i de Falguera; Antoni de Peguera i d'Aimeric; Josep de Clua i de Granyena; Joan de Pinós i de Rocabertí; y Martí Díaz de Mayorga.<sup>4</sup>

1. “Razón de la obra” (sin foliar), en *Nenias reales, y lágrimas obsequiosas que a la inmortal memoria del gran Carlos Segundo rey de las Españas, y emperador de la América; en crédito de su más imponderable dolor, y desempeño de su mayor fineza dedica y consagra la Academia de los Desconfiados de Barcelona*, Barcelona, Rafael Figueró, 1701.

2. Amelang, James, S., *La formación de una clase dirigente: Barcelona 1490-1740*, Barcelona, Ariel, 1986; Ricardo García Cárcel, *Historia de Cataluña. Siglos XVI-XVIII*, Barcelona, Ariel, 1985.

3. Amelang, James, S., *ibidem*, p. 172, recurre, en apoyo de su tesis, a un texto de Josep Pla (h. 1730), sin ninguna vinculación con la Academia de los Desconfiados. Discrepo, asimismo, de la lectura que Albareda realiza de la academia, porque las actas conservadas no permiten atribuir a los desconfiados una actividad conspirativa. Cf. Albareda, J., *Els catalans i Felip V*, Barcelona, Vicens Vives-Universidad de Barcelona, 1993.

4. La academia llegó a contar con 47 miembros. Josep R. Carreras Bulbena inició el estudio biográfico de los desconfiados en “Constitució y Actes conservades de la Academia Desconfiada, anomenada també Escola y Academia dels Desconfiats”, *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras*, 74 y 75, Barcelona, 1922.

La academia se gestó en las reuniones que el grupo nobiliario celebraba en la biblioteca de Dalmases, a la que acudía junto con otros estudiosos. Dalmases tenía una importante colección de manuscritos y obras impresas, procedentes de los principales centros editoriales europeos.<sup>5</sup> La habitual concurrencia de estudiosos y la admiración que en el anfitrión suscitaban las academias europeas, le hicieron concebir la formación de la Desconfiada. De ese modo, a partir del 3 de junio, una vez redactadas las ordenanzas, aquellas reuniones espontáneas adoptaron la forma de “academias” y, respetando el protocolo, transcurrieron en un ambiente placentero. La organización, la periodicidad de los actos, la regularidad de las funciones,<sup>6</sup> añadieron solemnidad, sin restar la cordialidad que distinguía a este tipo de academias literarias, escenarios de la vida cultural y de la vida social. Eran asambleas cosmopolitas que fomentaban la pluralidad, el desenfado, el estudio, la comunicación:

Lamentábase, quien conocía su importancia, y la agudeza de los Ingenios Españoles, felicísimos en todas facultades, que no se valiesen de este género de Academias, que florecen en las demás partes de Europa, donde concurriendo Sujetos insignes en Letras humanas, como en varias Ciencias, se franqueasen desinteresados los Estudios de cada uno, siendo discípulo en una profesión, el que en otra podía blasonar de maestro.<sup>7</sup>

Eran asambleas elitistas que perseguían el mecenazgo de los príncipes, no sólo para preservar su existencia, sino también en busca del galardón honorífico, la distinción social; “qué piensa esa Academia no tener Rey”: se invocaba el mecenazgo de Apolo, pero era de Carlos II de quien se anhelaba otra demostración de su magnanimidad, que hubiera estrechado aún más los lazos existentes entre la clase dominante catalana y el último Austria.

Adquirieron en todos tiempos las Academias la Protección de los mayores Príncipes, siendo su soberano patrocinio el fundamento más sólido para asegurar la firmeza de su duración.<sup>8</sup>

Ambas características coexistieron en la Academia de los Desconfiados, cuya aparición provocó cierto alboroto: los detractores permanecen en el anonimato; entre los defensores se encuentra María de Ribera, la única mujer que participó activamente en la academia, la única identificable entre las que, a pesar de ser fuente de inspiración y objeto del fervor literario de algunos académicos, seguían el curso de las academias “tras las cortinas”.<sup>9</sup> Lo cierto es que éstos no sólo rindieron tributo a las mujeres, obsequiaron la asistencia del virrey Darmstadt<sup>10</sup> y agasajaron a los reyes Felipe y María Luisa, y a la corte.<sup>11</sup>

Defensora del ocio en las letras, pues sin ellas “es disimulado sepulchro”, la academia, mundana y galante, concilió asimismo la elocuencia y el humor. El tono alborozado que singularizó las sesiones impregna las intervenciones de los fiscales, cuyo cometido consistía en un “vexamer”, un juicio jocoso, las de los presidentes, y aun las de los secre-

5. Voltes Bou, Pedro, “Nuevas noticias de don Pablo Ignacio de Dalmases y Ros y su tiempo”, *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, XXVI, 1954-1956. Para facilitar la consulta en su biblioteca, Dalmases redactó un catálogo de 420 páginas, una copia del cual se guarda en la Biblioteca de Cataluña (Ms. 618). Cf. también Encarnación García Dini, *Dalmases y la Academia de los Desconfiados*, Estratto da Miscellanea di studi ispanici a cura dell'Institut di Lingua dell'Università di Pisa, 1969-1970.

6. García Dini, E., *ibídem*, p. 208.

7. “Razón de la obra”, en *Nenias reales*.

8. *Ibídem*.

9. IMHB, Actas de la Academia de los Desconfiados, Ms. 98. En lo sucesivo, sólo se citará la academia correspondiente. Academia tercera, 8 de julio de 1700; Academia novena, 30 de agosto de 1700. María de Ribera era sobrina de Francisco de Josá i d'Agulló. Cf. Josep R. Carreras Bulbena, art. cit., BRABI, n.º74, p. 266.

10. Academia cuarta, 22 de julio de 1700.

11. *Relación succincta del feliz arribo de los serenísimos don Felipe de Borbón y doña María Luisa de Saboya, Monarcas de las Españas, nuestros Reyes y Señores (que el cielo guarde y prospere)* y de sus Reales Bodas, citado por E. Moliné y Brasés, *La Acadèmia dels Desconfiats. Notícia històrica*, Barcelona, Imprenta de la Casa de Caritat, 1917, p. 9.

tarios, quienes en sus oraciones introductorias recorrían tortuosos caminos literarios en pos del mecenazgo de Apolo, la protección de las diosas de las artes y el favor de Minerva.

Nos don Apolo por la gracia de los Dioses Soberanos Monarca de las Musas, Rey de los Poetas, Señor de los espacios imaginarios, supremo juez de las cuestiones Académicas amatorias fabulosas ... Por la infalibilidad que goçamos en esta parte en definir por verdades infalibles las fábulas, ficciones, novellas ... fallamos, declaramos y establecemos por infalible verdad poética, pero no canónica, que la perfecta armonía consiste en el ingenio y noble discreción. Y como Minerva entre las tres deidades sea la más discreta; la declaramos por más hermosa anulando, cessando y revocando en todo y por todo la sentencia de Paris a favor de Venus de manera que no pueda favorecerla, ni ella ni a sus descendientes, mandando a todos los Poetas heroicos, líricos, sáficos... y toda la demás turba sujeta a Nos que no puedan defender lo contrario so pena de confiscación de los bienes si es el caso que les tengan, porque la proposición es de sujeto non suponente, de ser quemados vivos en el amor lascivo de Venus, y de ser desagradados, del Numen de poeta para siempre jamás amén... firmado por Apolo. Por mandado de su poetíssima Magestad, Mercurio, Secretario del despacho Universal.<sup>12</sup>

## La unión de Marte y de Minerva

Y tomando por Empresa la de un Mar embravecido, en quien se miran lastimoso triumpho del Hado, y la Inconstancia derrotados fragmentos de una Nave, que ha naufragado, y un Barquillo desarmado en la arena con el lema *Tuta, quia diffidens*.<sup>13</sup>

A principios de siglo, Francesc Gilabert reprochaba a la nobleza catalana su desinterés por las letras y su actitud belicosa animada por continuas rivalidades. En realidad, Gilabert denunciaba que, mientras los caballeros derrochaban su virtud en rencillas internas, los plebeyos ocupaban su lugar legítimo, al timón de la sociedad.<sup>14</sup>

A finales de siglo, Francesc Garau anunciaba el fin de la crisis ideológica de la nobleza mediante una serie de preceptos, “cada uno es por lo que es, no por lo que fueron los suyos”, “más es hazerse que nacer noble”, que estaban siendo incorporados al ideario de la cultura nobiliaria.<sup>15</sup> La unión de Marte y de Minerva simbolizó la nueva disposición mental hacia las letras y el pacto de la nobleza con los letrados y los mercaderes ennoblecidos.

La Academia de los Desconfiados participó en la formación del ideario nobiliario. En 1700, como hiciera Garau, los académicos postulaban que la verdadera nobleza no provenía exclusivamente del linaje,

que los blasones heredados, si no se añaden glorias adquiridas, o, a impulsos del esfuerzo, o, a prácticas del arte; es a lo más una sóla reverberación de los resplandores passados; no mereciendo aplauso, pues nadie engrandeze el sol por lo que lució ayer, sino por lo que brilla hoy.<sup>16</sup>

por el contrario, requería del ejercicio continuado de las letras:

Aquel que nace noble, y haciéndose hijo digno de la nobleza de sus mayores por sus puños, o, en las armas, en las letras retorna las nobles fatigas que sus mayores le ganaron.<sup>17</sup>

12. Academia novena, 30 de agosto de 1700, oración del secretario Antoni Serra, “mandó el Grande Apolo a Mercurio Secretario del Despacho Universal de su Imperio publicar el decreto con toda la solemnidad de irrevocable”.

13. “Razón de la obra”, en *Nenias reales*.

14. Gilabert, Francesc, *Discurso sobre la fuente de la nobleza* (1616), citado por J. S. Amelang, op. cit., p. 117.

15. Garau, Francesc, *El sabio instruido en la gracia* (1688), ibidem, p.116 .

16. Pau Ignasi de Dalmases i Ros, academia primera, 10 de junio de 1700, asunto 10, “a quién devió más Grecia en la venganza del robo de Elena, al Valor de Aquiles, o, a la Prudencia de Ulysses”.

17. Josep de Rius i de Falguera, academia cuarta, 22 de julio de 1700, asunto 1, “defiende que la nobleza adquirida es más estimada que la heredada”.

Las letras incorporaron valor añadido a la virtud nobiliaria; sin embargo, también fomentaron la creencia en la educación y en el desarrollo de las facultades intelectivas:

Es el ingenio en faltándole el ejercicio, lo que el reloj en faltándole la cuerda, que enmoecidas en aquél las operaciones y en ése las ruedas, para en aquél en infeliz ignorancia lo que corrió discurso y en ése en bronce inútil lo que se estimó reloj.<sup>18</sup>

La analogía no es casual, el razonamiento tampoco. Hacia 1700, el mundo se movía al compás de un mecanismo de relojería. Los acontecimientos se observaban de acuerdo con la mecánica del antes y el después. Derrotada la jerarquía del conocimiento antiguo, se sometió a revisión la validez de los dogmas científicos. Toda Europa se cubrió de escepticismo. Los desconfiados percibieron el cambio de paradigma científico. Dalmases adquirió el *Journal des Savants*, conocía el *Diccionario* de Bayle, las obras de Descartes.<sup>19</sup> No sería aventurado señalar su influencia en la *Dissertación Histórica*. Ciertamente, el resultado es decepcionante, pero no lo era, en absoluto, la intención que la inspiró:

No a todos los Autores, que cito sigo, y bien que à todos venero; al mismo paso manejo sus escritos, con gran precaución, no creyendo sin riguroso examen lo que refieren; porque no todo lo que se halla en los libros es cierto, ni todo lo que se refiere sacado de los Archivos es infaliblemente seguro, en uno, y en otro puede aver equivocación, y puede haver engaño: Por esso respecto lo que tiene certidumbre, y aborrezco lo que sin ella se introduce.<sup>20</sup>

La duda se había infiltrado en la mentalidad de la época. La desconfianza de los académicos expresaba esa turbación. La duda era la guía del conocimiento y la razón la garantía de la verdad. En su lucha contra el Hado, la academia abrazó la empresa de la razón: *tuta, quia diffidens* manifestaba su actitud intelectual;

La nave que dudosa zozobraba  
en la Confusa unión de tantos riesgos,  
eres tú Docta Illustre Academia,  
que a la embidia te expones de los necios.  
El piloto que cauto te conduzca  
sea de tus áulicos el Ingenio,  
que del error huyendo los baxíos  
por el rumbo te gué del acierto.<sup>21</sup>

actitud que, por una parte, se plasmaba en muy discretas exposiciones, denuncias de la falsificación histórica o la “calumnia”, y, por otra, en la apología de la Constancia, término polisémico, pero indudablemente asociado al ejercicio de la razón para comprender el mundo y actuar sobre él:

Anhelan los más a la recíproca comunicación con los demás hombres, y el sabio huyendo del bullicio, consigo para con Dios confiere para reducir el mundo a vida política y racional ... Y no sólo atiende el Sabio a lo que actualmente obra sino que especula lo venidero, desviando de la suerte lo adverso ... mirad cuán diferente curso caminan unos guiados sólo del sentido, y los otros de la razón.<sup>22</sup>

El cambio en la percepción de la historia era consecuencia del cambio de la percepción que de sí mismo tenía el hombre, capaz de reflexionar sobre su pensamiento, capaz de

18. Josep de Rius i de Falguera, academia primera, 10 de junio de 1700, asunto 4, “discurra en los Consuelos que en sí tiene un grado de Ingenio quando le murmuran”.

19. Voltes Bou, Pedro, art. cit., pp.115-116.

20. Dalmases i Ros, Pau Ignasi, *Dissertación histórica por la patria de Paulo Orosio*, Barcelona, Rafael Figueró, 1702.

21. Joan Antoni de Boixadors, academia primera, 10 de junio de 1700, oración introductoria.

22. Josep de Taverner i d’Ardena, academia novena, 30 de agosto de 1700, asunto 4, “Diógenes escribió que el hombre sabio debía obrar al revés de los demás hombres, y Platón, que se debía conformar con lo que hacían los más aunque conociese que erraba. Discurso filosófico defendiendo la opinión de Diógenes”.

distinguir con claridad y relevancia las ideas verdaderas de las falsas. A ello aludía Damases en uno de sus textos histórico-literarios:<sup>23</sup>

Conoscámonos pues... y si queremos escapar de entre venenosos quanto çonoras sirenas de los engaños del mundo advirtiendo nuestra floxedad y que hemos de correr su golfo; sea qual otro Ulysses; atándonos al árbol del propio conocimiento advirtámos lo villano de nuestro cuerpo con lo noble de nuestra alma, que con esso escaparemos de Scilla, sin temor de Caribdis passando con favorable zéfiro el borrascoso mar de esta vida.<sup>24</sup>

## Entre Escila y Caribdis

*Pendía toda Europa de la voluntad de CARLOS. La gran Sucesión desta Monarquía tenía suspenso todo el Orbe: Materia de tan gran peso, que podía abrumar las Espaldas del Mayor Atlante.*<sup>25</sup>

La Academia de los Desconfiados apareció en la densa atmósfera política que precedió a la muerte de Carlos II. Pocos días antes de su constitución, se conocía en Viena y en Madrid el contenido del Tratado de reparto.<sup>26</sup> Francia y las potencias marítimas esperaban la reacción del emperador y del rey católico. El emperador no se pronunció de manera inmediata. El tercer tratado contenía una cláusula que incluía la amenaza de excluir al archiduque Carlos en favor de un tercer príncipe.<sup>27</sup>

Los desconfiados seguían con atención la evolución de los acontecimientos políticos; entre el 10 de junio y el 22 de julio de 1700, las actas de la academia ponen de manifiesto la conmoción política que abrumaba a la monarquía:

El dexar buen successor a la Corona es digno de la mayor atención del Príncipe y es en él gran magnanimidad buscar a uno que sea mejor que él para que le suceda. Muy bien siguió Alexandro esta doctrina ... no quiso platicar sus máximas en muerte dexando por successor alguno que con lo peor de su gobierno hiciera glorioso el antecedente reinado.<sup>28</sup>

23. No es difícil encontrar similitudes con algunos textos de Descartes: "Por último, cuando hemos llegado al cabal uso de nuestra razón; cuando, no estando nuestra alma tan sujeta al cuerpo, trata de juzgar bien las cosas y conocer la naturaleza de éstas, aunque conozcamos que los juicios que hemos formado cuando éramos todavía niños están llenos de errores, nos cuesta mucho trabajo, sin embargo, librarnos de ellos enteramente; y es lo cierto, no obstante, que si no nos libramos y los consideramos como falsos o inciertos, siempre estaremos en peligro de caer en algún falso perjuicio", citado en Darío Rei, *La revolución científica. Ciencia y sociedad en Europa entre los siglos XV y XVII*, Barcelona, Icaria, 1978, p. 123.

24. Pau Ignasi de Dalmases i Ros, academia tercera, 8 de julio de 1700, asunto 8, "illustre aquella sentencia de Chillón que en la concisión de un *nosce te ipsum* cifró muchos aciertos".

25. "Discurso", en *Noticias reales*, p. 54.

26. El 18 de mayo, Villars, embajador francés en Viena, y Hop, notificaron el contenido del tercer tratado al emperador. El mismo día, Torcy, ministro de extranjeros de Luis XIV, entregó el texto al marqués de Castellodossius. Cf. Duque de Maura, *Vida y reinado de Carlos II*, t. II, tercera parte: "La Sucesión", Madrid, Espasa-Calpe, 1954, pp. 327-428. En lo sucesivo esta edición se citará con las siglas DM.

27. El artículo 7º del tratado decía: "Inmediatamente después de canjeadas las ratificaciones de este Tratado se comunicará su contenido al Señor Emperador, invitándole a suscribirlo. Si, transcurridos tres meses desde el día en que se haga esa comunicación e invitación, o en la fecha misma en que sobrevenga el fallecimiento de Su Majestad Católica (caso de ocurrir dentro del susodicho plazo), Su Majestad Imperial y el Rey de Romanos se negasen a aceptar lo que se les propone, los dos Señores Reyes y los Señores Estados Generales convendrán en señalar un Príncipe a quien se adjudicará la hijuela reservada para el Serenísimo Señor Archiduque", DM, pp. 338-339.

28. Agustí de Copons, segunda academia, 23 de junio de 1700, asunto 3, "se han de censurar las más señaladas acciones de Alexandro Magno, aplaudiendo sólo la última en la elección de successor a la Corona".

En el mes de Junio, mientras el Tratado de reparto estimulaba todo tipo de especulaciones,<sup>29</sup> Carlos II, renunciando a la postura que mantenía desde la muerte del príncipe elector de Baviera, reunió a su Consejo<sup>30</sup> y solicitó la opinión del papa Inocencio XII.<sup>31</sup> ¿Qué consideraciones influyeron a la hora de valorar la que se convirtió a la larga en una decisión irrevocable? ¿Fue el mutismo del emperador?

Quién no ha de admirar por hecho muy heroyco en Alexandro en anteponer a su sangre el mérito del más digno dexándole a éste, y no a aquélla por successor a la Corona ... Elogíese pues al magno de los Alexandros por haber sacrificado los suyos al público bien de su Corona, arrojando de la cabeza de sus hijos la diadema para ceñir con ella las sienes del mejor y más digno de su patria.<sup>32</sup>

La alianza entre Francia, Inglaterra y Holanda —que no escapó a la crítica de la academia: “en el romano triunvirato de Lépido, Antonio y Octaviano, tanto duró su amistad, quanto duró la esperanza de repartir entre sí el Imperio”—,<sup>33</sup> la desmembración de la monarquía, fueron percibidas como una agresión:

Acredita esa opinión el grande Augusto César cuya prudencia en conservar sus estados no ha tenido imitación hasta ahora; pues no sólo gobernó con gran cordura en tiempo de paz pero aun en cinco guerras civiles con que pretendieron arrancar algunos jirones del manto real de sus estados, supo a pesar de sus enemigos desgajar las más frondosas ramas del árbol de Daphne para ceñir devidos laureles sus victoriosas sienes. El conservar uno lo que tiene es razón y adquirir lo ajeno es injusticia, y es tanto más fácil defender la razón que apoyar la injusticia.<sup>34</sup>

Entre julio y agosto faltan algunas actas; no obstante, se conservan las de las academias novena y décima, que permiten observar la reacción de algunos académicos. En julio se iniciaron gestiones diplomáticas, con el fin de averiguar si Luis XIV, rompiendo el pacto con las potencias marítimas, aceptaría las condiciones que posibilitarían la designación de uno de sus nietos como heredero de Carlos II.<sup>35</sup> La delicada situación en que se encontraba el rey cristianísimo fue aludida en tono jocoso:

Quando el otro (Hércules, Carlos II) despertando  
y poniéndose en pie luego

29. Carta de A. Harrach a Auersperg del 20 de mayo: “El Tratado de reparto se va divulgando, porque no sólo vino la noticia a los Ministros por el último correo de Flandes, sino que el cardenal Nuncio recibió una copia del texto y la entregó en seguida a Portocarrero. Éste se me ha quejado amargamente, y no es el único que lo ha hecho. Los bien intencionados se asombran de que el Emperador lo consienta; los demás lo achacan a que está conforme o no se siente con fuerzas para impedirlo”, DM, p. 348.

30. El Consejo se pronunció a favor de la sucesión francesa. Portocarrero enunció así su voto: “Si este Príncipe que nos ha de ayudar y defender halla Vuestra Majestad que puede ser el Archiduque Carlos, hijo segundo del señor emperador, esto es lo que pide el genio del que vota (y cree que el de toda España) y la doctrina en que estamos criados, y dominio y mando con que estamos gustosos y bien hallados; pero el caso no pide restringirse a cariños, ni amores, ni buenas voluntades; y así, queda sólo uno de los nietos del Rey de Francia”. Mancera, Villafranca, Medina Sidonia, Santiesteban y Fresno apoyaron el voto del cardenal; Aguilar, declarado austriacista, había hecho público su voto, y no asistió a las deliberaciones; el conde de Montijo condicionó su voto a la respuesta del papa. Cf. DM, pp. 356-357.

31. El papa Inocencio XII no discrepó de la opinión del Consejo: “Nos vemos en el deber de no discrepar de esa opinión del Real Consejo de Vuestra Majestad, que se funda en la necesidad primordial de asegurar, hasta donde sea posible, la unidad e íntegra conservación de la Monarquía”, DM, p. 357.

32. Agustí de Copons, academia segunda, 23 de junio de 1700, asunto 3, véase nota 28.

33. Josep de Rius i de Falguera, academia segunda, 23 de junio de 1700, asunto 7, “calidad de un buen amigo”.

34. Josep Antoni de Rubí, academia cuarta, 22 de julio de 1700, asunto 7, “defienda que el conservar es más fácil que el adquirir”.

35. Carlos II encargó la misión diplomática a Castellodorus. En Madrid, Medina Sidonia hizo gestiones cerca del embajador francés Blécourt, quien informó a Luis XIV. Éste contestó a su embajador: “Tengo, pues, muy fundados motivos para atribuir su pregunta al propósito de tenderme un lazo, con el fin de hacer público, si mi respuesta es negativa, que menosprecio a la nación española, a la cual no queda otro recurso sino echarse en brazos del Emperador; y, si es afirmativa, que incumplo los compromisos recientemente pactados por mí con el Rey de Inglaterra y los Estados Generales; lo cual sería tanto más embarazoso cuanto que están ellos procediendo con lealtad irrepachable”. Carta de Luis XIV a Blécourt, del 30 de agosto, DM, p. 376.

acabaron despeñados,  
los que empeñados subieron.<sup>36</sup>

A mediados de agosto, el emperador Leopoldo hizo público el rechazo al reparto y anunció que el nombramiento de un tercer príncipe sería considerado *casus belli*. La noticia no alteró la decisión tomada con anterioridad. Por otra parte, durante el mes de septiembre, el estado de salud del rey revistió tal gravedad que precipitó la redacción del testamento: el 2 de octubre, Carlos II firmó la sucesión a favor del duque de Anjou. El emperador no lo aceptaría:

El espíritu en fin de los Imperios  
es la guerra; sin ella están difuntos  
y como en el reloj sin esos golpes  
la fortuna a su rueda para el curso.  
Lustre defensa aumento blasón dicha  
la guerra, es de un Imperio.<sup>37</sup>

La confusión presidió el periodo posterior a la redacción del testamento. La reina intentó, en vano, una modificación a favor de la casa de Austria; Darmstadt parecía seguro de que la leve mejoría, experimentada, poco después por Carlos II permitiría “deshacer la obra del cardenal, que tiene ya el mal francés en los huesos”,<sup>38</sup> Luis XIV recelaba de la disposición tomada *in extremis*.<sup>39</sup> La sospecha del rey de Francia estaba bien fundada:

Y en fee de la lealtad que los alienta,  
Segunda causa sus esfuerzos guía  
Pues al César invicto ofrece attenta  
Votos que aplaude nuestra Monarquía,  
y quando su atención leal intenta duplicar el impulso a su ossadía:  
dichoso lo consigue pues infiere  
que por Dios muere quien por César muere.<sup>40</sup>

La décima academia se celebró el 21 de octubre y fue la última del año 1700. El mismo día, Geleen, el médico del rey, redactaba un comunicado que, a once días de la defunción de Carlos II, adquiriría un significado esperpéntico: “El rey está fuera de peligro y hasta se puede esperar que tenga sucesión”.<sup>41</sup>

La siguiente academia se celebró el 15 de enero de 1701. Sus actas constituyen una manifestación unánime de adhesión al rey muerto, “para todos nació CARLOS Rey; mas para Cathaluña nació y murió padre”,<sup>42</sup> pero, a la vez, son uno de los escasos documentos que proporcionan información sobre los lazos que unieron a Carlos II con la clase dominante catalana. Su actuación ante la revuelta de las “barretines”, la respuesta antifrancesa desde 1694, contribuyeron a consolidar un nuevo clima de confianza. En 1690, Carlos II otorgó diversas concesiones, entre ellas, el privilegio de cubrirse a los consellers:

36. Josep d'Amat i de Planella, academia novena, 30 de agosto de 1700, asunto 6, “describa la batalla de los pigmeos con Hércules”.

37. Josep Antoni de Rubí, academia décima, 21 de octubre de 1700, asunto 3, “prueve ser más dañoso a una República los gustos de la paz que los trabaxos de la guerra”.

38. Carta de Darmstadt a A. Harrach, del 9 de octubre, DM, p. 419.

39. Carta de Luis XIV a Blécourt, del 31 de octubre: “Me confirman de todas partes la noticia que me dais de haber sido otorgado un testamento en favor de uno de mis nietos. Pero como no me bastan meras noticias para cambiar de conducta, necesito aguardar, antes de resolver, una declaración en forma. Tengo, además, por muy verosímil, que si el Rey de España recupera la salud, se conseguirá de él la modificación de esas disposiciones, adoptadas *in extremis*”, DM, p. 418.

40. Lorenzo Barutell, academia décima, 21 de octubre de 1700, asunto 10, “pondere la respuesta dieron año 1686 los valerosos catalanes passaron a Alemania, y Ungria para hallarse en el citio de Buda a un General, que les preguntó a qué havían venido, y respondieron a morir por la fee de Christo, y por la Casa de Austria”.

41. Carta de Geleen a F. Harrach, del 21 de octubre, DM, p. 419.

42. Josep de Taverner i d'Ardena, “Discursos”, en *Nemias reales*, p. 50.

Con despachos del año 1690, concedió el Rey Don Carlos Segundo a la ciudad de Barcelona la Cubertura: al Consistorio de los Diputados el título de muy Illustre, y Fidelíssimo, y al Braço Militar el de Fidelíssimo.<sup>43</sup>

En 1694, la fidelidad fue premiada con nuevos privilegios honoríficos:

Con Privilegios del año 1694 hizo su Magestad merced á la Ciudad de Barcelona, que sus Concelleres fuessen tratados como à Grandes de España, y que à las personas que de parte de la Ciudad fuessen a su Real Corte, se les diese el título de Embaxadores.<sup>44</sup>

Finalmente, en 1697, tras la paz de Ryswick, “singularizó la Nación en la confianza, fiándole el negocio más importante del Estado”:

Después de la Paz General, nombrò el Rey por Embaxador á la Corte de Francia al Marqués de Castellorrius.<sup>45</sup>

En la última sesión del año anterior, “por haberse prorrogado la academia por la enfermedad del rey”, se evocó la capitulación de la ciudad ante las tropas francesas y la fidelidad al rey:

Quando ya Moribunda Barcelona,  
y a su postrer aliento reducida  
en triste muerte, su dichosa vida,  
de lealtades con Carlos se corona.

El coraçón por vos señor blasona  
que no de la desgracia fementida  
separarle podrá mano atrevida  
de la que os labró amor firme corona.<sup>46</sup>

A partir del 15 de enero de 1701 se pierde el rastro de la Academia de los Desconfiados. Una breve nota en la *Relación succincta del feliz arribo de los serenísimos don Felipe de Borbón y doña María Luisa de Saboya...*, indica que el 18 de noviembre de ese año tuvo lugar otra sesión en honor de los reyes, a la que asistieron, con la corte y la mayor parte de la nobleza del país.<sup>47</sup> Casi dos años después, las actas del 25 de marzo de 1703, “con ocasion de repetirse sus ejercicios después de alguna intermisión”, anuncia el último acto conocido de la academia.

La unanimidad con que los Desconfiados lamentaron la pérdida de Carlos II no era fiel reflejo de unanimidad frente a la solución dinástica. Sus biografías confirman la división posterior, en la cual, los felipistas fueron minoría; sin embargo, aquel año 1701, quizá no fueran minoría los que creían haber huido de Escila sin temor de Caribdis.

Armase su Magestad de Dios, buelve los ojos à su Monarquía, y sabe su alta providencia hallar modo, cómo sin turbar la quietud de Europa, queden sus Estados con Sucessor, sus Vallos con quietud, y el Mundo entero con su felicidad.<sup>48</sup>

43. *Ibíd.*, p. 51, n. 29.

44. *Ibíd.*, p. 51, n. 30.

45. *Ibíd.*, p. 51, n. 31.

46. Agustí de Copons, academia décima, 21 de octubre, asunto 2, “a la Magestad del Rey Nuestro Señor (que Dios guarde) en la expresión del sentimiento que manifestó el enviado de Barcelona, marqués de Besora, de ver a esta capital víctima infeliz del rigor francés”.

47. Véase nota 11.

48. Josep de Taverner, *op. cit.*, p. 54. Poco después, Dalmases, que fue nombrado cronista del Principado en las Cortes de 1701-1702, dedicó su *Dissertación histórica* a Felipe V, y en ella manifestaba:

Si todos los catalanes tanto debieron a sus augustos monarcas, ¿quánto debemos los que oy vivimos a nuestro Gloriosíssimo Rey? ¿Quántos años avia que carecíamos de la vista de nuestros Príncipes? ¿Quántos lustros avia que suspirábamos por unas Cortes? Todo nos lo ha dado Vuestra Magestad, luego de todo somos deudores a Vuestra Magestad.